

ADIÓS PAPÁ

—¿Qué te decía el hermano?— preguntaban asustados mirándose entre sí cuando la pesadilla venía a visitarme en mitad de la noche para hacerme despertar con alaridos y el cuerpo bañado en sudor frío.

—Que quiere jugar conmigo —respondía ante el rostro enmudecido por la tristeza de mis padres—. Que un día vendrá a jugar conmigo.

Aquellas pesadillas hicieron de mis sábanas un sudario y un suplicio la hora de dormir hasta que, sin más, desaparecieron como una silueta alejándose en el horizonte, pero andando el tiempo, al poco de nacer mi hijo regresaron con la misma fuerza de siempre para romper mi frágil descanso y ya sin papás que me calmaran como cuando era pequeño y justo hoy, cuando mi hijo cumple ocho años, la misma edad que teníamos mi hermano gemelo y yo cuando murió sobre una mesa de operaciones en un intervención de urgencia para donarme uno de sus riñones y salvarme la vida a cambio de nada...

—De nada no —me aclaró su voz entre sueños—. Llevo demasiado tiempo escurriéndome entre sombras solo por ti y quiero alguien con quien jugar.

Despierto con esa sensación tan nítida de frío y miedo de pequeño y corro despavorido hacia el cuarto de mi hijo, empapelado con pósters de superhéroes, que al oírme entrar se gira y me dice sonriendo:

—Tengo un amigo, abajo en la calle. Dice que se parece mucho a ti y que vayamos a jugar.

Aterrado, le observo encaramado a la ventana con una luna llena reluciente detrás, los pies desnudos sobre el alféizar y los brazos en cruz.

—Adiós papá.

